

la gran victoria del 2.º Cuerpo, sino también por los excesos cometidos en la población. Después de la salida, en la tarde del 17 y para Ibicurri de los Diputados con la caja de caudales y los documentos, y también de la marcha, en la misma tarde, del jefe Fontecha con 2 batallones y la artillería para Huerte Araquil, la chuma se entregó al robo y al pillaje y a veces al crimen. La llegada a la Plaza del cabecilla Pablo Portillo con su Partida, procedentes de Solana, evitó mayores males, pues el valiente Portillo impuso el orden a cuchilladas, custodiando Estella hasta la entrada en la ciudad de las tropas liberales.

Conocida por Lizárraga la rendición de Monjegurra, convocó Junta de Generales, a la que asistió el Conde de Caseta, para resolver lo más conveniente en tan graves circunstancias. Mientras se discutía, Lizárraga puso también el hecho en conocimiento de Don Carlos.

La Junta resolvió, aguardando, no obstante, la respuesta del Rey, lo único que podía hacerse; que las fuerzas, en su totalidad, abandonasen la población y los fuertes.

En tanto el Alcalde de Estella, D. Francisco Beruete reunía a su vez Junta en el Ayuntamiento, que resolvió, por unanimidad, enviar una comisión a Lizárraga para suplicarle no emprendiese acción alguna en la localidad. Como la Comisión no fuese recibida y se supiesen las decisiones de la Junta Militar, acordó el Ayuntamiento oficial al Jefe Liberal que, si pensaba penetrar en Estella, el Municipio saldría a recibirle; participándole así Beruete a Lerga y también a Lizárraga, que aprobaron la determinación.

Don Carlos contestó a Lizárraga, aprobando el preciso abandono de Estella y disponiendo la retirada de la totalidad de las fuerzas, allí concentradas, a los próximos montes, «en donde

podrás, le decía contener al enemigo, mientras recibas las órdenes que por conducto de mi Jefe de Estado Mayor General te comunicaré; pues es mi voluntad la de reservar a esos bravos voluntarios para próximos días de gloria en que los sacrificios pueden ser útiles a la Causa que Dios me ha encomendado.»

Al amanecer del 19 de Febrero de 1876 abandonaron definitivamente las fuerzas carlistas a Estella, retirándose, en no muy buen orden, en dirección a Echauri, sobre la orilla derecha del Arga.

Entonces el Alcalde envió al Teniente General Don Fernando Primo de Rivera la siguiente Comunicación. «Excelentísimo Señor: El Ayuntamiento de esta Ciudad tiene el honor de poner en conocimiento de V. E. que a las cinco de la mañana ha sido evacuada esta población por las fuerzas carlistas que la guarnecían, no quedando, al parecer del Ayuntamiento, más que algún que otro rezagado que anda por las calles. Si V. E. dispone que las fuerzas de su digno mando pasen a ocupar esta Ciudad, el Ayuntamiento, con el testimonio de su conciencia de haber procurado inspirarse en el cumplimiento de los deberes que su cargo le impone, tendrá mucha honra en cumplir hoy con lo que también le impone saliendo a recibir a V. E. y a su valiente Ejército, con objeto de ofrecerle su más respetuoso homenaje. El Ayuntamiento ruega a V. E. se sirva mandar acusar recibo de la presente Comunicación para satisfacción y del pueblo que representa.

Dios guarde a V. E. muchos años. Estella, 19 de Febrero de 1876.»

Esta Comunicación llegó a poder del Comandante en Jefe del 2.º Cuerpo en momentos en que, cumpliendo órdenes del Gobierno que le ordenaba «hiciese sentir sobre Estella todo el rigor de la Guerra» preparaba los morteros

de su artillería para bombardear la Plaza.

Desde este momento, Primo de Rivera consideró inhumano lo que se le mandaba y contestó en el acto, que haría su entrada en la Ciudad a las doce del día.

«Hízolo Tassara con su división, dice Pirala en su Historia Contemporánea, a las once de la mañana; salió a recibir en las afueras de La Puerta de San Nicolás, el Ayuntamiento, el Clero y varios vecinos invitados; el Alcalde, que llevó la palabra, suplicó al General acogiera bajo su protección y amparo al vecindario y sus propiedades, al Clero y las Religiosas de las Comunidades; contestó Tassara que la tropa no cometería el menor desmán, siempre que por los vecinos se tratase bien al soldado; y en efecto, ni pudo ser más generoso el comportamiento del vecindario, ni más noble el del Ejército, al que habían presentado como el mayor de los enemigos de la Religión y de la Sociedad.»

«A las tres de la tarde entró en Estella el General Primo de Rivera al mando de una columna.»

«Halláronse grandes almacenes y repuestos de todas clases; y sabiendo que la artillería de los fuertes de San Juan, Arandigoyen, Monte Muro, León y San Millán, estaba despeñada en el barranco de Iranzu, dispuso el Comandante en Jefe, el 23 verificar, a toda costa, la operación de sacarla, apoderándose de 25 cañones de distintos calibre y sistemas y gran material de ingenieros.»

«Obligó, así mismo Primo de Rivera, a los vecinos de la Merindad a destruir las trincheras y fuertes, e inspirando completa confianza el digno comportamiento de los liberales, regresaron las familias emigradas y se multiplicaron las presentaciones.

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES.

NUESTROS COLABORADORES

IMPRESIONES

Toledo



ANTES de comenzar mi glosa de este día quiero copiar, como preliminar advertencia, la nota que al pie del «Canto a Teresa» puso su autor: *Este canto es un desahogo de mi corazón...*

Es un desahogo de mi corazón, una página íntima, escrita ingenuamente. A nadie puede interesar su lectura...

Por eso he titubeado mucho antes de decidirme a escribirla: ¿qué podía decir yo acerca de Toledo que ya no estuviera dicho con más autoridad e inteligencia?

Realmente no podía ofrecerle a la hermosa ciudad sino estas ligeras impresiones de absorta admiración, espontáneas, tal como más tarde no se hubieran podido producir. Más tarde llegará el análisis reflexivo; acudiré a los libros, que hoy servirían de estorbo. Permítaseme, por ahora, huir de ellos y entregarme con libertad a mi emoción.

Antes de conocerla presentía yo que había de amar mucho a esta ciudad de Toledo, de la que una pequeña y miserable fatalidad me alejaba un día y otro, con la irritante pertinacia de las fatalidades miserables y pequeñas. Esto, de seguro, era amarla ya; mi deseo, que en ocasiones se hacía anhelante, era como un anticipo de ese amor.

Y hoy, ante el prodigio del primer día, se siente inclinado mi espíritu—o mejor, postrado—, bajo la grandeza del espíritu de la vieja ciudad, como si encontrase en ella la continuidad de una remota raigambre familiar, de perdido origen.

Es como un hogar que no se ha conocido sino por la imagen que la fantasía construyó a su modo, y que supera con su realidad al delirio de la fantasía; un hogar al que se siente uno enlazado por la tradición del pensamiento.

No es renegar del Sur nativo, no. Aún resuena en el oído el lejano rumor de los surtidores como una caricia y una nostalgia; pero ¿por qué

atajar la plegaria que, así como el agua de aquellos surtidores, brota hoy de nuestro corazón? ¿Por qué ocultar el deseo de proclamarnos hijos espirituales de Castilla?

¡Castilla, Toledo! ¡La tristeza de no ser poeta para encerrar en versos esta emoción!..

Las calles.—¡Esas calles estrechas, empinadas, revueltas! ¡Esas calles con nombres sencillos y antiguos, de llana prosodia, que tan bien sueñan!

¡Y esos balcones maravillosos, en que resaltan las sangrientas manchas de la flor del geráneo entre el húmedo y áspero verdor de las hojas!

El alma y la historia de una ciudad están grabadas en los rótulos de sus esquinas. ¡Qué sabor castizo el de los nombres de las calles toledanas! Hasta el nombre de Mauricio Barrés tiene un nuevo estilo al darlo a aquella calle; no parece extraño...

NUESTROS LÍRICOS

LA BELDAD SIN ALMA
Y
LA VERDAD DESNUDA

Te voy a desnudar, porque desnuda no serás más hermosa de lo que eres; pero todos sabremos lo que quieres, tu carne al exhibir semi-desnuda.

Te voy a desnudar, porque, sin duda, así te envidiarán otras mujeres, y gusanos hambrientos, los placeres, podrán cebarse en ti, «comerte cruda».

¡Fuera velos, y gasas y testigos!
Te voy a presentar a... tus amigos desnuda, y descarnada por completo.

Verán, y verás tú, bell-za fatua, que belleza sin alma es una estatua, y carne sin pudor... un esqueleto.

ENRIQUE SAAVEDRA

¡Gran virtud la de la ciudad que sabe conservar los antiguos nombres de sus calles!

Los hay que por sí solos, en su ritmo, en su música, en su pasado, encierran un gran poder de sugestión. Sin embargo, no quiero citar nombres...

El Greco.—Pero entre todos se destaca un nombre que es imposible hoy omitir si de Toledo se trata: Domenico Theotocópuli.

Ya los monumentos soberbios—frío el Alcazar, ferviente la Catedral—; ya la ciudad sobre sus rocas, ya el verde Tajo, ya el cielo bruñido y rutilante, no están ante nosotros para hablarnos de grandezas y de alegrías: estamos en un templo recogido—sombra en la parte baja, luz divina desde lo alto, tal como ocurre en el cuadro—, y los caballeros retratados por el Greco hablan a nuestro espíritu con el ardor del suyo atormentado.

Sus miradas son tristes, de una tristeza insondable, morbosa, en la que no vemos el dolor del amigo muerto, cuyo cadáver van a enterrar, sino algo más general y extenso: la impotencia social de un pueblo que ¡ya entonces! comienza a ser escéptico, que ha perdido la fé en sí mismo y que tal vez presente su lenta y remota disolución.

Pensamos que la España del Greco es una realidad que vive en nosotros, disminuida en ardor, crecida en desaliento y en melancolía...

Ante su obra, y cuanto más alejados nos creíamos de tales exaltaciones, se enciende nuestra alma en misticismo—en un reflejo de misticismo—, que no es fingida admiración a algo muerto en nuestra conciencia, sino pasión viva y dolorosa; que no es fé, sino amor y tristeza. Ante su obra—digo—, he comprendido, mejor que nunca, la tragedia de este pueblo mío que se disgrega—sin pulso ya, sin ritmo de vida—, y se deshace en un inútil anhelo de encontrar su alma colectiva. (Quizás este anhelo sea, y muy pronto!, el impulso de un nuevo misticismo).

¿Qué tristeza de pueblo desorganizado y errabundo nos trae Theotocópuli de su isla de Creta? Pueblo ardiente, consumido en el amor de un Dios que no logra alcanzar y de una patria que no encuentra...

FRANCISCO AYALA